

La traducción en la Argentina

Jorge Panesi

En el marco de la mesa redonda sobre Traducción Literaria: textos a través del espejo, organizada por el Colegio de Traductores Públicos y presentada en la XX Feria del Libro y en Villa Ocampo en la ciudad de Mar del Plata, Jorge Panesi planteó la traducción como un proceso bidireccional. La primera dirección, general y abarcadora, le permitió ubicar a la traducción como una actividad característica y paradójica del pensamiento racional que “lleva en sí la esperanza iluminista de una apertura comunicable de los lenguajes, y a la vez, un cierto misticismo de lo intransferible, casi de lo inefable”. La segunda, particular y limitada, le permitió dar cuenta de los modos de traducir que constituyen la literatura argentina y su crítica para concluir afirmando que la operación básica de la cultura argentina es, sin duda, la traducción.

La vocación de secreteo elitista y aristocratizante que suelen tener los mandarines intelectuales (casta a la que pertenecen los traductores, mal que les pese) los empuja a denostar las traducciones. De alguna manera, descreen de la mediación que ellos mismos encarnan para inclinarse hacia la convicción de que la verdad sólo puede aprehenderse por contacto directo o con la pertenencia a una misma casa del lenguaje. Pongamos por ejemplo a quien acuñó la metáfora del lenguaje como *casa del ser*, Heidegger y su convicción de que el alemán es la *lengua metafísica por excelencia*¹: un privilegio filosófico del alemán que corre parejo con la lengua griega y que lo obliga, para pensar el Ser, a traducir o retraducir aquellos pasajes en los que el pensamiento occidental despunta. Privilegio ambiguo de lenguas o lenguaraces: el que habla otra lengua es un iniciado; su aureola chamanística, de secreteo, de segregación o desconfianza lo convierte casi inmediatamente en el emblema reconocido de quien traduce. Es un *traidor*, según dice la universal metáfora acuñada para caracterizar su tarea (un traidor: no del texto llamado *original*, sino el traidor probable de su propia lengua). Pero también habrá en él la necesidad de esparcir, de hacer que el núcleo incontaminado que sólo una lengua encierra se ventile y se abra hacia el mundo de las otras lenguas. Si el lenguaje es una casa, seguramente la traducción es una ventana.

El que traduce abre mundos, los permea, los contamina. La traducción tiene como ideal la mezcla y la apertura. La metáfora de la ventana tal vez implique la ventaja de relacionar la traducción con la luz, con ese gesto de confianza en la comunicabilidad universal de la experiencia que proviene del iluminismo. En el mundo moderno, la traducción es un gesto de confianza iluminista. Como

1. Esta convicción no pertenece en exclusividad a Heidegger; un filósofo enemigo suyo como Adorno la comparte: Cf. Theodor W. Adorno, "Sobre la pregunta "¿Qué es el alemán?"", en *Consignas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973 ("...porque la lengua alemana posee una notoria afinidad electiva con la filosofía...", p. 206.)

2. Brown, James, Cooke, Loglan, *A Logical Language*, 3a. ed. (1975); Connor, George Alan, et al. *Esperanto: The World Interlanguage*, 2a. ed. rev. (1966); Freudenthal, Hans, *Lincos: Design of a Language for Cosmic Intercourse* (1960); Gode, Alexander, y Blair, Hugh, *Interlingua: A Grammar of the International Language*, 2a. ed. (1971); Large, Andrew, *The Artificial Language Movement* (1987); Ogden, Charles Kay, *Basic English: International Second Language* (1968), versión revisada de *The System of Basic English*; Pei, Mario, *One Language for the World* (1958)

puede comprobarse en la creación de lenguas artificiales (la *Interlingua*, el *Volapuk* y el *Esperanto*), verdadera obra de traductores, cuyo ideal lógico puede remontarse a Descartes, y cuyo extremo de apertura a otros mundos la hallamos en la *Lingua Cómica*, o *Lincos*, la lengua de Hans Freudenthal pensada para establecer la comunicación con seres inteligentes del espacio extraterrestre². Pero todo auténtico traductor es permeado también por esa arista oscura de los lenguajes por donde se desliza el recuerdo de que el habla no se agota en la comunicación y que es mucho más que el pasaje de informaciones en el comercio internacional de las conferencias ecuménicas (o extraterrestres). Como si dijésemos: el ideal de traducir lleva en sí la esperanza iluminista de una apertura comunicable de los lenguajes, y a la vez, un cierto misticismo de lo intransferible, casi de lo inefable. No en vano el más comentado artículo sobre traducción que contemporáneamente ha ejercido enorme influencia en mi campo, la crítica literaria, (me refiero a *La tarea del traductor* de Walter Benjamin) no oculta sus raíces místicas. Para Benjamin, el modelo de la traducción es la lengua sagrada. El texto sagrado constituye un *para-ser-traducido*, es aquel que exige la traducción. Y exige la traducción porque de ella depende la supervivencia del texto, su crecimiento, su aplazada completud, su vida misma. Para emplear un lenguaje religioso: la salvación de los textos pasa por su traducción. Un texto sobrevive y se enriquece (crece) porque es traducido. La traducción proporciona un agregado multiplicador que asegura excedentes tanto a la lengua traducida como a la lengua receptora (un principio económico de la traducción: el traslado provoca el excedente mucho más que la pérdida). Por este principio económico mismo, podrá afirmarse que el modelo sagrado no sirve solamente para la traducción, sino que es el principio de funcionamiento y supervivencia de todo lenguaje. Para mantenernos en esta topología del desplazamiento con que parece haberse naturalizado la tarea de traducir: las lenguas que viven se trasladan, no coinciden consigo mismas, y se encuentran, en este camino expansivo, con las otras lenguas.

Privilegio ambiguo de lenguas o lenguaraces: el que habla otra lengua es un iniciado; su aureola chamanística, de secreto, de segregación o desconfianza lo convierte casi inmediatamente en el emblema reconocido de quien traduce.

La teoría de la lengua como desplazamiento generalizado, como traducción omnidireccional intra e interlingüística, como metáfora, también, de la diseminación y de falta de identidad del sentido, la encontramos en la deconstrucción derrideana, esa teoría considerada por muchos como esotérica, pero que ha dado nuevas ilusiones imperiales a la crítica literaria. Precisamente, en un artículo de Derrida, *Des tours de Babel* [*Torres de babel, Las vueltas de Babel o Los desvíos de Babel*] se comenta largamente *La tarea del traductor* de Benjamin, se analiza el mito o el relato bíblico de Babel, y, como al pasar, se roza el problema político de toda traducción, lo que podríamos llamar, “el imperialismo racionalista”, “el afán totalitario de la transparencia”, o sencillamente “el colonialismo”:

Buscando “hacerse un nombre”, y fundar a la vez una lengua universal y una genealogía única, los Semitas quieren poner el mundo en razón. Esta razón puede significar, simultáneamente, una violencia colonial (puesto que de este modo universalizarían su

idioma), y una transparencia pacífica de la comunidad humana. Inversamente, cuando Dios les impone y opone su nombre, rompe la transparencia racional, pero también interrumpe la violencia colonial o el imperialismo lingüístico. Los destina a la traducción, los sujeta a la ley de una traducción necesaria e imposible. Con el mismo gesto, a partir de su nombre propio traducible-intraducible, desencadena una razón universal (ésta, no se encontrará ya sometida al imperio de una nación particular), pero al mismo tiempo, limita esa misma universalidad: transparencia prohibida, univocidad imposible. La traducción se convierte en la ley, el deber y la deuda, pero una deuda que no podemos cancelar. Semejante insolvencia está inscrita en el nombre mismo de Babel, que a la vez se traduce y no se traduce, que pertenece sin pertenecer a una lengua, y se endeuda ante sí mismo con una deuda insolvente tanto para sí mismo como para otro. Esta sería la *performance* babélica³.

3. Jacques Derrida, "Des Tours de Babel", en Joseph F. Graham (ed.), *Difference in Translation*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1985.

En efecto: la operación racional del colonialismo o de los imperios (religiosos, religioso-políticos), y el éxito de tal operación reside en los mecanismos de una traducción acabada. Todo el colonialismo y su historia consiste en un proceso de traducción que no sería meramente unívoco, sino de doble transformación. Menciono estas generalidades y me remonto al previsible artículo de Benjamin, a la no menos previsible deconstrucción, porque en un primer momento, pensaba hacer una historia de los modos de traducir en Argentina. Y me he dado cuenta de que la tarea excede mi capacidad, el tiempo disponible y la paciencia del lector. Sin embargo, no es casual que la generalidad de la teoría sobre la traducción se haya interpuesto en mi discurso. La crítica literaria argentina tiene una indomable vocación teórica (estaba a punto de decir "la cultura argentina" es fuertemente teórica), lo que implica afirmar que la Argentina es una devota traductora de teorías literarias. Creo, sin embargo, con Borges, que de poco sirve hacer teorías generales sobre la traducción; a lo sumo uno puede divertirse con ellas (dice Borges), pero lo que verdaderamente importa es cómo traducir un párrafo, una palabra, una oración...⁴

4. "Esos problemas generales no existen. El problema de la traducción... el único problema es traducir una oración particular. Deberíamos tomar un verso o un párrafo y ver cómo se lo puede traducir. Porque todo el problema de cómo se debe traducir a nuestros escritores, o de traducir a Borges al inglés, diría que carece de significado. Porque no hay ningún problema en cuanto al modo en que los hombres deberían traducir, pero está el problema en cuanto a esta línea o aquella, este párrafo o aquél. El resto, diría yo, no tiene sentido [...] No creo que sea necesaria una teoría general de la traducción. Por supuesto, una teoría de la traducción puede ser divertida, ¿y por qué no divertirse con ella? Pero cuando hay que traducir algo hay que encarar un problema muy real..." Jorge Luis Borges, en Carlos Cortínez et al. *Con Borges (texto y persona)*, Buenos Aires, Torres Agüero Editor, 1988, p. 186 (se trata de una traducción parcial del libro *Simply a Man of Letters*, University of Main at Orono Press, 1982).

Y la verdad es que hay una fuerte huella de las operaciones de traducción en la Argentina. Como en toda latinoamérica, cuya cultura arranca de un pasado colonial y evangelizador, los primeros textos escritos son obras de traducción: obras piadosas, catecismos para enseñar las verdades de la fe a tobas, aimaráes, guaraníes, y también gramáticas y vocabularios de esas lenguas. Pero a la fe y a la catequesis pronto hay que agregar los secretos conspirativos de los libros prohibidos, el contrabando de obras heréticas, y el index de la Inquisición. En síntesis: la apertura iluminista y el correlativo secreto de obras que circulaban anticolonialmente con no menor pasión religiosa.

Un texto sobrevive y se enriquece (crece) porque es traducido.

En la paupérrima vida literaria de comienzos de siglo, Mariano Moreno no sólo hace publicar y prologa la traducción española del *Contrato Social* en la Imprenta de los Niños Expósitos (marca con la traducción de una teoría la práctica revolucionaria), sino que en el viaje que lo verá morir desterrado distrae sus horas huecas traduciendo al abate Jean Jacques Barthélemy (una traducción literaria hecha por placer). Igualmente Bartolomé Mitre se sustrae luego a las batallas y la política presidencial traduciendo a Longfellow, a Hugo y luego *La Divina Comedia*, esta última acompañada de la primera teoría

de la traducción en Argentina, (un prólogo que Mitre llama *Teoría del traductor*). El iluminismo de Sarmiento es bien conocido y su duro esquema interpretativo de la realidad argentina supone el pesimismo de dos realidades que no se traducen, que permanecen incontaminadas: Sarmiento representa en *Facundo* el drama de un traductor que desespera por una versión imposible. Hay algo así como un texto casi sin lengua de la realidad argentina que en vez de traducir o poder ser traducido devora con el silencio o la inmensidad, con la no asimilación y la ignorancia, con la fuerza natural, el texto de la civilización. Pero también podría decirse que el texto de la barbarie, en realidad, todo lo traduce al foco absorbente de su propia unidad.

**La operación racional del
colonialismo o de los imperios (religiosos,
religioso-políticos), y el éxito de
tal operación reside en los mecanismos
de una traducción acabada. Todo
el colonialismo y su historia consiste
en un proceso de traducción**

5. Walter Benjamin, *Ensayos escogidos*, Bs. As., Sur, 1967 (traducción Héctor A. Murena). La traducción de "La tarea del traductor", realizada por Murena se reeditó en el volumen *Angelus Novus*, Barcelona, Edhasa, 1971. Sobre la recepción de Benjamin y sus traductores, véase Graciela Wamba Gaviña "La recepción de Walter Benjamin en la Argentina", en *Sobre Walter Benjamin*, Buenos Aires, Alianza Editorial/Goethe-Institut, 1993.
6. Héctor A. Murena, *La metáfora y lo sagrado*, Barcelona, Edit. Alfa, 1984.

7. Véase Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*, Buenos Aires, Colección Archivos-Fondo de Cultura Económica, 1993 (edición a cargo de Leo Pollmann).
8. Ezequiel Martínez Estrada, *Para una revisión de las letras argentinas*, Buenos Aires, Losada, 1967.

La negatividad de esta interpretación se hace sentir en quien ha traducido por primera vez al español ese comentado texto de Benjamin, Héctor A. Murena⁵. A la iniciativa de Murena se debe la traducción en Argentina de textos como el de Nabokov, Adorno y Horkheimer, pero buen discípulo del atrabiliario y denso profeta de la oscuridad, Ezequiel Martínez Estrada, Murena en *La metáfora y lo sagrado* parafrasea a Benjamin y recrea el relato de Babel como la insuperable distancia que impone la diversidad de las lenguas respecto del origen. "La historia del arte (dice allí Murena) es la historia de un fracaso"⁶.

El mito sustentador de estas interpretaciones que podríamos llamar "liberales" concibe a la Argentina como un desierto, como un vacío o una fuerza ciega: podrá traducirse toda la cultura occidental, pero como afirma Martínez Estrada (el maestro de Murena) en su doliente interpretación médico-radiológica de la pampa, el texto resultante es falso, una mascarada, un carnaval: "Todo el porvenir (enfatisa el profeta) es un resultado de no tener pasado"⁷. Ezequiel Martínez Estrada concibe a la literatura argentina como otro desierto cuya materia (la realidad) está aún inexplorada: la literatura argentina (dice en *Literatura propia y apropiada*⁸) es una orfandad, nos nutrimos de traducciones que no nos expresan y nos condenan al "trato ficticio con fantasmas". La traducción en esta cultura incompleta, vacía y fragmentaria equivale a "la importación de cultura manufacturada" que desemboca en la caricatura insustancial. Teoría implícita de la traducción como condenada a la no verdad, como inutilidad que refuerza el vacío. Para que la traducción cultural entrañe alguna verdad, Argentina tendría que haber desarrollado el lado oscuro del lenguaje, aquél núcleo intraducible de la lengua que permite cualquier traducción, un núcleo que Argentina no ha generado, algo que proviene según el determinismo telúrico o geográfico de Martínez Estrada, —y en sus propias palabras— "de las sustancias inorgánicas de la tierra".

Quisiera sugerir con estos breves apuntes que en las teorías que interpretan o reflexionan sobre la cultura argentina hay, más que en cualquier otro país latinoamericano, una implícita o explícita teoría de la traducción. Una teoría de la traducción implica necesariamente una concepción de la lengua y de la cultura que se habita. Por ello, el mismo desierto liberal puede engendrar una teoría de la traducción y la cultura (de la cultura como permanente proceso de traslaciones y traducciones) expresamente opuesta al nihilismo geográfico de Martínez Estrada o Murena. Me refiero, claro está, al criollismo nacionalista

9. Jorge Luis Borges, "El escritor argentino y la tradición" en *Discusión* (1932), *Obras Completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974.

10. Jorge Luis Borges, "Sobre el doblaje", *Sur*, núm. 128, junio de 1945. Recogido en Edgardo Cozarinsky, *Borges y el cine*, Buenos Aires, Sur, 1974.

de Borges, que en su célebre *El escritor argentino y la tradición*⁹ enuncia el lado luminoso y confanzudo de la traducción. Allí ataca tanto a Murena como a Martínez Estrada: "[...] esta declaración de nuestra soledad, de nuestra perdición, de nuestro carácter primitivo, tiene, como el existencialismo, los encantos de lo patético". La ausencia de tradición sería una ventaja: "Creo — dice Borges — que nuestra tradición es toda la cultura Occidental". Lo distintivo es un proceso de irreverente traducción que a cada paso la reinventa porque no se siente demasiado atado a las ciegas devociones reverenciales.

Pareciera que la teoría de la traducción que ha triunfado en la cultura literaria argentina no es aquella de Martínez Estrada que confunde traducción con inautenticidad, sino la de Borges, porque más que una teoría es un sentimiento compartido. Sin duda, lo que Borges expresa en un texto que escribe en *Sur*, *Sobre el doblaje*, es un sentimiento argentino ante la lengua propia y la ajena: la traducción del doblaje es una monstruosidad. Dice Borges: "*Quienes defienden el doblaje, razonarán (tal vez) que las objeciones que pueden oponérsele pueden oponerse también, a cualquier otro ejemplo de traducción. Ese argumento desconoce, o elude, el defecto central: el arbitrariedad injerto de otra voz y de otro lenguaje. La voz de Hepburn o de Garbo no es contingente; es para el mundo, uno de los atributos que las definen. Cabe asimismo recordar que la mímica del inglés no es la del español*"¹⁰. La irreverencia ante las tradiciones ajenas como proceso de legítima apropiación cultural se completa con el respeto a la mímica, la corporalidad también significativa de la otra lengua, ese núcleo material intraducible en que los límites del sentido y el no sentido se tocan: lo intrínseco de la lengua que toda auténtica traducción debe hacer visible. Casi diríamos: una teoría de la traducción y la cultura no totalitaria. Respeto a la diferencia significativa del lenguaje solamente posible para los argentinos o latinoamericanos que habitan una lengua colonial sentida como una distancia interior en medio de su propia intimidad.

**La crítica literaria argentina
tiene una indomable vocación
teórica (estaba a punto de decir
"la cultura argentina" es fuer-
temente teórica), lo que implica
afirmar que la Argentina es
una devota traductora de teo-
rías literarias.**

Será por eso que los argentinos cultos tienen una especie de prevención y hasta de repugnancia por las traducciones hechas en España y por los doblajes: de algún modo sienten que la lengua peninsular es más provinciana y limitada que la propia amasada con el tránsito y la acumulación de traducciones. Seguramente en esta teoría optimista del traslado cultural están implicados ciertos textos básicos de la literatura argentina, como el simpático *Fausto* de Estanislao del Campo, que traduce interculturalmente un mito universal en una lengua y circunstancias propias, con un sentido de la autoironía solamente posible para quienes experimentan con igual fuerza tanto la identidad lingüística como la diferenciación del matiz. Una cultura de traductores natos.

Una cultura atenta a la traducción como la Argentina, no siente nada de inauténtico, falso o carnavalesco en esa actitud; por el contrario, como en el *Fausto criollo* o en aquellos próceres que se consolaban traduciendo, la tarea está ligada a las cualidades del placer, la alegría y la curiosidad. La operación básica de la cultura argentina sería pues, la traducción, y hasta las historias de

11. Rafael Alberto Arrieta, "La traducción poética", en Rafael Alberto Arrieta, *Historia de la Literatura Argentina*, Buenos Aires, Peuser, 1969, tomo VI.

12. *Sitio*, núm. 2, (1982), "Joyceana", pp. 28-48. Se vuelve a traducir el final del monólogo de Molly que Borges había traducido en *Proa*.

su literatura, como la de Rafael Alberto Arrieta se sienten obligadas a inventariar, un poco tediosamente, el derrotero de las traducciones poéticas realizadas en Argentina¹¹. Y las dilatadas revistas literarias porteñas (me refiero a *Nosotros* y a *Sur*) han convertido la traducción en una tarea central que no excluye, como en el caso de *Sur*, el infaltable número dedicado a la teoría o los problemas de la traducción. Nostalgiosamente la revista *Sitio*¹² en su número dos hará retraducir a Ramón Alcalde y Enrique Pezzoni la misma página del *Ulises* para discutir las tres versiones. ¿Por qué esta nostalgia? ¿Hemos dejado de ser traductores, hemos asumido "nuestro destino sudamericano", el que parecía implícito en la teoría nihilista de Martínez Estrada y Murena? Una respuesta puede ser la de otro hombre de *Sur*, Alberto Girri, que mezcla sus poemas con versiones de poetas norteamericanos. O quizás la respuesta esté en el *Ulises* y en Joyce mismo, - experimentador de los límites

En las teorías que interpretan o reflexionan sobre la cultura argentina hay, más que en cualquier otro país latinoamericano, una implícita o explícita teoría de la traducción.

de la cultura irlandesa: cuando los límites de una cultura se experimentan, la única manera de trascenderlos es la fuga y el retorno. La fuga y el retorno son los ademanes ineludibles de toda traducción. El *Finnegans Wake* sería entonces la apoteosis de la lengua como traducción. En el gesto nostálgico de *Sitio* quizás haya un miedo: que la literatura Argentina no traduzca demasiado ni lo suficiente. Para la cultura argentina esto sería un signo de decadencia o una claudicación no sólo ante el imperialismo editorial español, sino, lo que es peor, la aceptación de una provincia lingüística que decidió erigir la torre de Babel e impone sus inflexiones a la totalidad diversificada. Una contestación definitiva a esta pregunta, desde luego, me supera. Quisiera quedarme, a modo de ilusoria respuesta, —no menos nostálgica que la de *Sitio*— con el criollismo optimista de Evar Méndez que en 1928, contestando desde *Nosotros* a la pregunta imperialista formulada por literatos españoles e italianos sobre por qué ciudad debería pasar el meridiano cultural argentino (¿Roma, Madrid?) se fija en lo que para él es la forma literaria más genuina de los porteños, el sainete. Que, agrego yo, está hablado en una *lingua franca* que presupone la traducción y refleja la proeza cultural un tanto autoritaria de haber criollizado un variado ramillete de razas y de lenguas. En todo caso, prefiero recordar esa otra proeza de traducción y de amistad, que colectivamente traduce *Ferdidurke* de Gombrowicz en los bares porteños. Una proeza o un mito que solamente una cultura amistosa y abierta a la traducción ha podido engendrar. Una cultura que parece haber entendido a Joyce, porque se ha considerado siempre una babel; como si dijésemos: es fácil para un argentino traducir a Joyce porque, en definitiva, el *Finnegans Wake*, es nada más y nada menos que un sainete irlandés.

Jorge Panesi es profesor de *Teoría y Crítica Literaria I* en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y de *Teoría de la Crítica* en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata. Su último libro *Felisberto Hernández* ha sido publicado recientemente por la editorial Beatriz Viterbo.